

á perder su estilo, leyendo el latin de la Vulgata!»

Ya era muy tarde cuando nos pusimos en marcha para Bolonia, atravesando los vastos campos que habian visto los últimos esfuerzos de la libertad romana. Venido en Módena por el cónsul Pansa, Antonio se salvó en las Galias, y reapareció muy pronto en Italia á la cabeza de veintitres leones y de diez mil caballos. Dejamos en seguida el campo ocupado en otro tiempo por aquel ejército *liberticida*, como se decía en 94, para atravesar el Reno, el antiguo Labinio, marcado por un monstruoso recuerdo. En una pequeña isla, formada por este rio, se estableció el triunvirato entre Octavio, Antonio y Lépido.» Allí se entregaron los triunviros uno á otro la vida de sus amigos y de sus enemigos; su delirante crueldad mandó tambien, bajo pena de muerte, que cada uno se regocijase de sus proscripciones: en fin, la cabeza de Ciceron, á la que se habia puesto precio durante dos dias, llegó á ser la prenda de su alianza. Este sangriento pacto, que llenaba nuestro espíritu de tristes pensamientos, hacia necesarias impresiones de otro género; estas nos aguardaban en Bolonia.

A las siete de la noche parábamos á sus puertas. Cumplidas las formalidades de estilo y depositados nuestros pasaportes, entramos á la ciudad. Era sábado, víspera de la fiesta de la Presentacion de la Santísima Virgen. Bolonia estaba iluminada por la piedad de sus habitantes. Bajo los grandes pórticos que abundan en las calles, aparecian numerosas imágenes de María Santísima, de todos tamaños y formas, iluminadas con hachas y adornadas con flores. No era esto una vana demostracion á que quedasen indiferentes los corazones; de trecho en trecho, se veian los fieles que oraban á los piés de las santas imágenes. Por la primera vez de mi

vida fuí testigo de semejante espectáculo. Yo no podria expresar la deliciosa impresion que produjo en mi alma el testimonio público y espontáneo de la piedad de todo un pueblo hácia la más amable de las criaturas, la Madre de Dios y la Hermana del género humano.

Creí tambien ver un gran número de casas, recientemente renovadas, con sus fachadas de amarillo claro ó color de teja. Estábamos léjos de sospechar que debíamos tambien tan agradable golpe de vista á la fé viva de los Boloneses. Nuestra ignorancia se disipó muy pronto. Llegados á la casa de un frances, establecido en Bolonia durante treinta y dos años, hombre sintruido y buen cristiano, nos apresuramos á preguntarle la explicacion de lo que acabábamnos de ver. Bolonia, nos dijo, cuenta 75,000 habitantes y veintidos parroquias. Cada año la procesion solemne de la fiesta del Córpus se hace por turno en dos parroquias solamente. Es costumbre inmemorial que los habitantes de las calles que deben ser honradas con el paso por ellas del Santísimo Sacramento, renueven el interior y el exterior de sus casas. Los propietarios de todas clases muestran igual celo. Si á pesar de su buena voluntad el pobre no puede hacer lo que su corazón desea, no teme pedir un préstamo para subvenir á un gasto que él mira como muy sagrado. Ya veis, continuó, que el interior de mis habitaciones no está aún acabado, lo que consiste en que todos los obreros han estado ocupados en las parroquias que se encargan de la procesion este año; y no me admiraré de que hayan empezado ya los trabajos en los cuarteles por donde debe pasar el año próximo. Hé aquí lo que os explica el aire risueño de nuestros viejos edificios y la limpieza y la elegancia de nuestras viejas calles.

Durante esta relacion yo estaba en Francia, llamando á todos los oídos franceses,

para que la escuchasen. ¡Oh Dios mio! ¡Cuán léjos están de nuestras actuales costumbres estos testimonios de fé! Son muy culpables aquellos cuyas doctrinas y cuyo ejemplo han helado nuestros corazones por naturaleza tan ardientes y tan jenerosos. Hé aquí lo que pasa en Bolonia; ¡y en la capital del reino cristianísimo el Hijo de Dios está reducido á no salir ya ostensiblemente de sus templos!

12 DE NOVIEMBRE.

Serenata.—Imájen de una ciudad cristiana.—Educacion.—Torres de los Asinelli y de la Garizenda.—Universidad.

Ayer habíamos sido despertados de una manera poco armoniosa por la ronca voz del cochero. De muy distinto modo fué el dia de la *Presentacion*. En Francia damos á las autoridades, á las personas veneradas y queridas, serenatas la noche que precede á su fiesta; igual costumbre tiene lugar en Italia, con diferencia que, entre las autoridades y personas á quienes se tributa este honor, la piedad filial é ilustrada por la fé cuenta una más, á María. A las cuatro de la mañana fuimos sacados de nuestro sueño por el brillante repique de no sé cuantas campanas, que tocadas con cierto orden formaban encima de la ciudad como un mar de armonía. Se hubiera dicho que era un concierto de ángeles á los cuales respondieron bien pronto millares de voces de la tierra. Entramos luego á la iglesia vecina, y la hallamos llena de hombres, de mujeres y de niños de todas condiciones. Nos fué muy dulce asociar nuestra oracion á la oracion de la multitud recojida; que apiñada al rededor de los altares de la Reina del cielo, ofrecia á esta amadísima madre sus *obsequios* y sus *ramilletes*. El canto sencillo de las

Letanias, repetido en coro por todo el pueblo, nos causó el placer más vivo.

Las doce acababan de sonar cuando nos lanzamos al interior de la grave y estudiosa Bolonia. Con gran gusto contemplamos por segunda vez el espectáculo de una ciudad cristiana en los dias domingos y de fiesta. Nada de almacenes abiertos, ni trabajos, ni ruido; aun se suspende la salida de los obreros: silencio y reposo universales. Los pórticos estaban animados por paseantes de todo género que tomaban el aire, y las iglesias llenas de fieles que oraban. Hácia el centro de la ciudad, encontramos á un muchacho como de doce años, que llevaba en la mano derecha un gran crucifijo, y en la izquierda una campanilla que agitaba continuamente. Era un niño de la doctrina 1. Recorria así todas las calles de la parroquia, llamando á sus camaradas á la reunion. Y hubierais visto á todos los rapazuelos abandonar sus juegos y dirigirse dócilmente á sus capillas. Hé ahí uno de esos rasgos de costumbres que nos separan de Italia por una barrera más alta que los Alpes. En Bolonia, el pueblo es jeneralmente instruido. Lo mismo sucede en el resto de los Estados Pontificios, en donde los ignorantes están en proporcion mucho menor que en Francia. M. de Tournon habia hecho ya esta misma observacion: «La instruccion primaria, dice, se ofrece al pueblo en los dominios pontificales, con una liberalidad de que pocos gobiernos dan ejemplo. En las ciudades y aldeas, maestros pagados por el público, enseñan á leer, escribir y calcular; de modo que no hay un solo niño que no pueda recibir el beneficio de la instruccion elemental 2; y de hecho los niños

1 De los que asisten los dias festivos á algunas iglesias á recibir la instruccion religiosa.

2 Ved Prefacio á las instituciones de beneficencia de Roma, páj. 99.

"que frecuentan las escuelas, están en la "proporcion de uno á once habitantes. En "Inglaterra, el medio con relacion á la "poblacion es tambien uno á once; en Fran- "cia, de uno á veinte; en los Estados Uni- "dos, de uno á cuatro; en el ducado de "Bade y el Wurtemberg, de uno á seis; en "Prusia, de uno á siete; en Baviera, de "uno á diez; en Austria, de uno á trece; "en Irlanda, de uno á diez y nueve; en "Polonia, de uno á setenta y ocho; en Por- "tugal, de uno á ochenta y ocho; y en "Rusia, de uno á trescientos setenta y "ocho. Se ve que los Estados Pontificales "se clasifican entre las naciones donde la "instruccion primaria está más exten- "dida 1.

En Bolonia, la educacion de las niñas está confiada á maestras de probada virtud ó á religiosas. Allí se ofrecen á los jóvenes y á las jóvenes, todos los medios de adelantar en la carrera de las ciencias; y todos estos medios son gratuitos. ¿Qué diré del bienestar material? En Bolonia como en Parma, hay un obrador para los pobres. Nuestra larga serie de impuestos sobre puertas, ventanas y patentes, es allí desconocida; en resúmen, ese pueblo sometido al poder temporal del Santo Padre, está en muchas cosas más adelantado que cierta nacion que se precia de ir á la cabeza del progreso universal; él es sobre todo más feliz que nosotros, y con ménos gastos.

A la mitad de nuestro camino nos fué preciso detenernos ante las dos famosas torres, inevitable objeto de las conversaciones, y admiracion de los viajeros. Son de ladrillos y de forma cuadrada. La torre de los *Asinelli*, la más alta de Italia, excede algunos piés á la fachada de la casa de Inválidos. De tiempo en tiempo sirve para observaciones astronómicas. La *Garizenda* solo tiene cuarenta y ocho me-

1 Estudios estadísticos, lib. páj. 87.

tros de elevacion. Lo que las hace á una y otra muy curiosas, y casi temibles, es su inclinacion. La primera está vencida tres piés y medio; la segunda ocho piés dos pulgadas. Se tranquiliza uno al pensar que hace muchos siglos estaban en el mismo estado: el Dante no deja de esto duda ninguna 1. ¿A qué debe atribuirse la inclinacion extraordinaria de estos dos monumentos? ¿Al hundimiento del terreno, ó á la vana rivalidad de los antiguos nobles boloneses?

A pesar de los almacenes de tinta y papel que ha hecho gastar la cuestion, esta se halla todavía indecisa: así está bien: continuemos.

La Universidad de Bolonia, la más antigua de Italia y una de las más célebres del mundo, atrajo bien pronto nuestra curiosidad. Fundada en 425 por el emperador Teodosio, mereció tener como protector á Carlo Magno mismo, quien la dió nuevo lustre. Seria largo enumerar á todos los grandes hombres que ha producido. Las paredes y las bóvedas de los inmensos claustros, están adornadas de una multitud de escudos, que recuerdan á los sabios de todo jénero y á los nobles personajes, alumnos y maestros de aquella gloriosa Universidad. Sus nombres, enseñados con orgullo á los extranjeros, son un estímulo perpétuo para las jóvenes generaciones llamadas á los trabajos de la intelijencia ante semejantes testigos. En los tiempos modernos, la Universidad cuenta entre sus miembros á Benedicto XIV, á Galvani, al cardenal Mezzofanti, que bastan para darle una gloria inmortal. La biblioteca posee ochenta mil volúmenes y cuatro mil manuscritos, al-

1 Cual pare á riguardar la Garizenda
Sotto'l chinato, quand'un nuvol vada
Sovr essa sí, ch'ella in contrario penda;
Tal parve Anteo.

(Inferno, XXXI).

gunos del siglo sexto y otros del quinto. Entre estos últimos, recorrimos con ternura las *Imágenes de Philostrato*; esta obra recuerda conmovedores infortunios; es de mano de Miguel Apostolio, uno de los griegos fujitivos de Constantinopla en el siglo XV, y lleva esta inscripcion: *El rey de los pobres de este mundo, ha escrito este libro para vivir*. No se puede dar un paso en Italia sin encontrar algunos grandes sarcasmos de la fortuna.

22 DE NOVIEMBRE.

Madona de san Lucas.—Su fiesta.—Camposanto.

Si desde lo alto de la Garizenda volveis vuestras miradas hácia el Occidente, percibireis una verde colina, situada á una legua de Bolonia. Sobre la elevada cima de aquel solitario monte se levanta una rica iglesia, cuyo esbelto campanario y cuya brillante cúpula llaman desde léjos la atencion del viajero: es Nuestra Señora de la Guardia, ó la madona de san Lucas. Allí se venera una imájen maravillosa de la Santísima Virgen, pintada por san Lucas. Segun una antigua tradicion 1, aquel re-

1 Al decir del padre Lanzy, en su *Historia de la Pintura*, los que han examinado los cuadros atribuidos á san Lucas, convienen en que no pueden realmente pertenecerle, al ménos en el estado que actualmente tienen. Seria necesario suponer una série de retoques, que habrian acabado por hacer de los cuadros una cosa muy diferente de lo que fueron las obras primitivas. Ninguno tal como está pasa de la época de la pintura llamada bizantina. Segun Mazzolari, debe exceptuarse sin duda la Virgen de Santa María la Mayor en Roma. Sin embargo, la tradicion, que atribuye algunos cuadros al santo Evanjelista, está de tal modo extendida en Oriente y en Occidente, que es probable que hayan existido realmente. Muchos de ellos, que se tienen como tales, son tal vez las primeras tablas, sobre las cuales ejerció el pincel el compañero de san Pablo. Pero la misma Roma está léjos de afirmararlo. Cuando indica los dias en que se descubren las vírjenes, el *Diario Roma*.

trato ha sido traído de Constantinopla á Bolonia en 1160 por un piadoso ermitaño, que lo depositó en una capilla solitaria cerca de la cual habitaba una joven santa llamada Anjela.

La Reina del cielo no tardó en señalar su presencia por multiplicados favores, á los que Bolonia correspondió con testimonios inequívocos de reconocimiento. La piedad de sus habitantes reemplazó la modesta capilla por una magnífica iglesia, y en estos últimos tiempos ha querido hacer agradable y cómodo el camino que conduce á la *Fuente de las Gracias*. Un camino maravilloso, cuyo tipo solo encontráis en Italia; un camino que atestigua el poder de la fé y de la caridad, une la ciudad á la cima de la santa montaña. Es un pórtico de mampostería, compuesto de seiscientos treinta y cinco arcos, la mayor parte adornados con pinturas y piadosas inscripciones. Formado por dos paredes de cerca de veinticinco piés de elevacion, que sostienen una elegante bóveda, presenta un camino de cerca de dos piés de anchura. Una de las paredes está llena; la otra, compuesta de arcos sostenidos por columnas ó pilastras, os permite gozar del paisaje. Este soberbio pórtico se desarrolla graciosamente en la llanura; luego se eleva serpenteando al lado de la colina, y os introduce dulcemente al templo de María. Leimos con emocion los nombres de las personas cuya liberalidad ha construido aquellos soberbios arcos. Aquí están los sastres, las costureras, los tapiceros; más allá los criados de la ciudad; un poco más léjos, los carniceros, los albañiles; todos reunieron sus economías para levantar uno, dos y hasta tres arcos.

no se contenta con decir: *Dipinte, come dicesi, da san Luca* (pintadas, segun se dice, por san Lucas). Al sentido de esta nota debemos dirijir todas las expresiones de que me serviré en la continuacion del viaje, al hablar de las vírjenes pintadas por san Lucas.

Subimos lentamente aquella pendiente, santificada por las oraciones y por las lágrimas de tantos piadosos peregrinos que la habían subido antes que nosotros, y que la suben todos los días. Cuantas veces, durante el viaje, el corazón enternecido desea una poca de aquella confianza filial que alimenta los consoladores milagros, de que tenéis pruebas tan tiernas como variadas en los numerosos *ex voto* suspendidos en el altar de María. Expusimos al sacristán nuestro deseo de venerar la sagrada imagen. Nuestra petición fué transmitida al sacerdote encargado del cuidado de la virgen, y que es el único que tiene derecho de descubrirla. Se encendieron los cirios; se revistió el sacerdote con el roquete y la estola, y le seguimos por detrás del altar mayor. Llegados con él al extremo de una escalera doble, nos pusimos de rodillas, y saludamos tres veces con la oración anjélica á la Madre de los hombres y á la Reina de los ángeles. Jiró una puerta de bronce sobre sus goznes, y fuimos llamados uno en pos de otro, á contemplar las facciones siempre venerables de la augusta Virgen. Que el retrato sea del natural como se pretende, ó que sea un tipo tradicional, es indudable que corresponde á la idea que los siglos cristianos nos han transmitido del rostro de la Madre del Salvador. Un óvalo de gran pureza, ojos perfectamente abiertos, cejas graciosamente arqueadas, una admirable proporción de todas las facciones, una tez delicada, cierto aire grandioso en la fisonomía, y una indefinible dulzura en el conjunto, hé aquí lo que pude notar en aquella pintura llena de atractivo, á la cual el tiempo ha hecho perder necesariamente una parte de su expresión.

Cada año baja á la ciudad la Reina de la montaña, y pasa allí tres días. Su marcha es un triunfo; los habitantes de Bolonia y de toda la provincia que concurren

á la fiesta, componen el cortejo. El cardenal-arzobispo espera á la amable princesa en la puerta de la ciudad, cuyas llaves le presenta. Después de haberla recibido con todos los honores debidos á las testas coronadas, la lleva él mismo á la iglesia de san Pedro. Allí permanece cuarenta y ocho horas, rodeada noche y día, de los fervientes homenajes de un inmenso pueblo. El tercer día visita la Catedral, en donde da su bendición. De allí vuelve á tomar el camino de su aéreo palacio, para proteger á la feliz ciudad que mira á sus pies. Su vuelta no es ménos pomposa que su llegada; tiene lugar en los primeros días de Mayo. Ahora, es necesario haber visto la Italia para comprender todo lo que añaden de encanto y esplendor á tan brillante fiesta las bellezas de la Primavera y la pureza del cielo. Pasa aquella visión de un modo superior; y todo aquel pueblo italiano es feliz, y aquellas imaginaciones tan vivas, y aquellos corazones tan inflamables, se santifican de nuevo por castas imágenes, por piadosas emociones; y el espíritu ha alcanzado una victoria más sobre los sentidos. En Italia es necesario, sobre todo, el culto de la Reina de las vírgenes: de aquí vienen sin duda las fiestas, los símbolos, las inscripciones, los usos variados y numerosos que os hacen presente á María por todas partes. Que el turista ligero ó impío no vea en este hecho universal más que una superstición miserable, no es de admirar: el que duda de todo, ordinariamente no tiene ideas exactas de nada. En cuanto al observador juicioso, descubre en ello, con admiración, una de las más bellas armonías del Cristianismo.

Después de haber confiado á María nuestros votos y los de nuestros amigos, depositamos á sus pies el óbolo de los peregrinos, como recuerdo de nuestro fugitivo tránsito. Volviendo á tomar en se-

guida, felices y contentos, el camino de la ciudad, bajamos lentamente de la montaña santa para gozar del hermoso espectáculo que teníamos á la vista. Delante de nosotros se extendía una vasta llanura, limitada por los Apeninos y surcada por el Reno, cuyas límpidas aguas dejan entrever las anchas capas de piedrecilla blanca y arenas que le sirven de lecho. En este paisaje risueño y severo se ve asentada la ciudad sabia con sus viejas murallas, sus numerosas tierras y sus blancas aldeas diseminadas en las vecinas crestas.

Al pié de la montaña se abre sobre la izquierda un nuevo pórtico, compuesto de ciento cincuenta arcos, que es el camino del *Campo Santo*. Tal el nombre verdaderamente cristiano que en Italia se da á los cementerios; y los cementerios son muy dignos de este nombre. Allí se reúnen, en los monumentos de la más sensible piedad hácia los muertos, todos los testimonios de la fé más ardiente en la resurrección futura. Si, como el de Pisa, el *Campo Santo* de Bolonia no está formado de tierra santa de Jerusalem, no deja de ser por esto uno de los más venerables y bellos de la Italia. Que se nos presente un vasto cuadrado rodeado de grandes árboles verdes y de soberbios pórticos, con ricas capillas de trecho en trecho y tumbas más ricas aun; después, monumentos más modestos y sencillas tumbas, con multitud de inscripciones cuyo espíritu cristiano y de sistema antiguo hacen alto honor á la piedad y al talento del sabio abate Schiasi, y tendremos una lijera idea de aquel magnífico cementerio. Un viajero jansenista encontraría tal vez allí un exceso de riqueza mundana y ménos gravedad religiosa de la que conviene á la silenciosa morada de la muerte,

23 DE NOVIEMBRE.

Prision del rey Enzo.—Iglesia de san Pablo.—San Petronio.—Santo Domingo.—Santa Catalina de Bolonia.—San Estéban.—Anécdota sobre Benedicto XIV.—Galería.

Al salir el sol, estaba la ciudad atravesada por una multitud de carros, que llegaban del campo conduciendo al mercado el *canepa*, cáñamo soberbio, del que hace Bolonia un gran comercio. Atravesamos la muchedumbre ajitada y algo bulliciosa, para dirijirnos al palacio del podestá, en otro tiempo la prision del rey Enzo, cuya historia voy á referir.—En el siglo XIII vivía un emperador de Alemania llamado Federico II, que iba por el mundo guerreando y atropellando las leyes de la justicia. Su hijo mayor, Enzo, marchaba por el mismo sendero. Joven y valiente, llevó la guerra y batió en la mar á la potente flota de los genoveses. Entrado en Lombardía, encontró á los boloneses, que despedazaron su ejército en las llanuras de Fossalto, y á él mismo le hicieron prisionero; esto pasaba el mes de Mayo del año de 1247. Los vencedores le condujeron en triunfo á su ciudad, y le condenaron á prision perpetua. Para divertirse y librarse del fastidio, cantó sus infortunios; y el nombre del prisionero bardo es aun popular en Bolonia. Vimos la torre construida para guardarle y la sala en que murió. Esta sala, llamada hoy *Sala de Enzo*, sirvió para el cónclave que en 1410 eligió al papa Juan XXII.

En frente de este mismo palacio se encuentra del *Gigante*, obra de Juan de Bolonia. Me reservo hablar de ella para después de haber visitado las galerías de Florencia. Entre todas las iglesias observamos como más notables: primero, á *san Pablo*, en donde se encuentra la tumba de la prin-